

# Nota editorial

**P**ara ser un pueblo con fama de ingobernable, los españoles están –estamos– sobrellevando con una notable tranquilidad este inacabable estado de suspensión de la política y de toda la gradación de gobierno en funciones. Tal vez sea cierto lo que recientemente aseguraba un prestigioso economista sobre la autonomía ganada por la economía española, que la hace mucho menos dependiente de la política de lo que podría parecer. O tal vez sea la experiencia acumulada de precariedad, solo animada por medidas de incremento del gasto público y anuncios de nuevos impuestos –naturalmente solo a “los ricos”–, lo que hace que la sociedad española viva con calma esa aparente contradicción que consiste en albergar grandes expectativas en la acción del Estado mientras se consolida la parálisis ya rutinaria del gobierno. O, finalmente, puede ser que el propio gobierno parezca importar menos, porque lo que de verdad importa al “ciudadano medio” –esa socorrida unidad de medida sociológica– se haya consolidado ya como pura administración, de modo que la seguridad de la estabilidad gestora prima sobre las emociones inciertas de la política.

Sin embargo, está por acreditar ese supuesto desinterés de los españoles por la política y sus actores.

Más bien, la participación en el ciclo electoral que hemos vivido sugiere lo contrario de una sociedad en la que sus ciudadanos van solo a lo suyo.

Parece claro que la irrupción de la llamada “nueva política”, en línea con el surgimiento en toda Europa de partidos que han alterado profundamente los respectivos modelos políticos nacionales, ha aumentado la tolerancia de los ciudadanos hacia situaciones transitorias de crisis en las fórmulas de gobernabilidad vigentes hasta ahora. Es decir, una cierta inestabilidad transitoria se ha visto por sectores muy amplios de los electorados europeos como un precio asumible a pagar por el cambio. También ha ocurrido en España, donde la demonización del bipartidismo imperfecto por los nuevos partidos, desde Podemos a Vox, ha terminado por hacer de la fragmentación de los espacios políticos y de la representación parlamentaria un efecto deseable para muchos votantes.

Lo que difícilmente puede atribuirse a los deseos de esos mismos votantes es que esa fragmentación no haya traído los efectos regeneradores que se asociaban al fin del bipartidismo, ni esté demostrando ser capaz de consolidar una “gobernanza” más auténtica en términos democráticos, más responsable

ante los ciudadanos y más eficaz. En la izquierda, los socios preferentes –¡qué ocurriría si no lo fueran!– no parece que se vayan a encontrar en el Consejo de Ministros si se llegara a formar gobierno, un gobierno que el Presidente en funciones aspira a que se le sea regalado como por suscripción popular sin poner encima de la mesa ni propuestas ni compromisos. En la derecha, los dos partidos que flanquean al PP fuerzan al límite sus posiciones comprometiéndose a acuerdos de gobierno en Comunidades y Ayuntamientos para los que existe una clara mayoría política recién expresada. En esa fijación autorreferencial que padecen, olvidan que el verdadero respeto al electorado no consiste en exigir o negar votos, sino en interpretar esa voluntad de sus votantes y articularla para generar gobiernos estables.

Habría que aclarar también si en el guion de la nueva política, tal y como la interpreta la izquierda, figura la incorporación blanqueante de los que no condenan el terrorismo de ETA y ni siquiera reco-

nocen la injusticia del daño causado, como es el caso de Bildu al que el PSOE ha asociado a su estrategia en Navarra. De la misma forma que resulta curioso que cuando Podemos se muestra dispuesto a renunciar a su posición en demanda de un referéndum de autodeterminación en Cataluña, los socialistas pacten el control de las Diputaciones catalanas con los independentistas de “Junts per Catalunya”.

La política española corre un serio riesgo de quedar atrapada por la banalidad y la extravagancia, por el descuido de nuestras instituciones y por la falta de respeto a los procedimientos democráticos, al sentido del diálogo y a la responsabilidad.

Por eso, sería un error confundir la madurez de una sociedad como la española con el desinterés o la despreocupación hacia lo que hacen sus políticos. Y no menos equivocado sería pensar que todo se puede fiar a la inercia económica y a una situación en la que solo hay bloqueo, no estabilidad. ■

